

## GUIDO GOOSSENS ROELL:

“El tema de los Derechos Humanos es el tema de los derechos de los excluidos y de los pobres, y la Iglesia tiene que estar al lado de ellos”

*Guido Goossens Roell, conocido cariñosamente como “el hombre de la bicicleta”, nació en la localidad rural de Zoersel, en Bélgica. Es el menor de diez hijos e hijas de una familia cristiana con un fuerte compromiso social con los excluidos.*

*Como seminarista, Guido es enviado a la Universidad de Lovaina a estudiar sociología en un contexto de movilizaciones estudiantiles y luchas sociales que lo llevan a descubrir la dimensión política de la fe. Su mirada se dirigió a la Iglesia de América Latina que en su Conferencia de Medellín de 1968 optó por apoyar a los pueblos que aspiraban a su liberación y una mayor justicia social para las mayorías empobrecidas. Tal movimiento popular ese duramente reprimido por los regímenes militares. Así, en plena dictadura, en marzo de 1974, Guido llega a Chile a la diócesis de Talca para ser ordenado como diácono por el obispo Carlos González el 6 de junio del año 1976. Dos años después, en 1978, viaja a Santiago a terminar sus estudios de teología residiendo en poblaciones de la zona sur de Santiago, lugar en el que conoce más de cerca el dolor y la lucha de agrupaciones de detenidos desaparecidos. En 1981, Guido regresa a Talca a vivir en la población “Brilla el sol” donde trabaja con el sacerdote Juan Ladan. En 1991, con la vuelta a la democracia, comienza un trabajo pastoral en la cárcel, misión que cumple hasta el día de hoy. Junto con otros crean la agrupación “Peregrinos por los Derechos Humanos” que busca inquietar a las nuevas generaciones a incorporarse en la lucha por la verdad, la justicia, la memoria y la no-repetición.*

— *¿Podría relatar cómo llegó a Chile y las razones que lo motivaron?*

Yo pertenezco a la generación del 68' con todo el movimiento estudiantil en Europa. En ese entonces estaba estudiando en la universidad cuando se produjo, digamos, toda esa explosión de jóvenes que querían otra sociedad con más democracia y participación. Yo estaba estudiando sociología y después estudié ciencias religiosas. Allí fuimos adquiriendo una nueva visión ante la injusticia a nivel mundial. Los países de África se estaban independizando entonces vimos como Europa, nosotros, habíamos sido injustos con muchos pueblos, especialmente Bélgica con el Congo en África. Más que ayudar, hay que restituir lo que nosotros hemos usurpado. En esta mirada aparece también América Latina y la experiencia de Cuba. Efectivamente, había un movimiento de muchos jóvenes que se comprometían a luchar por situaciones de más justicia e igualdad. Descubrimos esta realidad porque tuvimos visitas de algunos obispos líderes de América Latina que venían a dar conferencias a Bélgica, entre quienes se destacó un obispo de Brasil, don Helder Camara. Nosotros no conocíamos obispos o una Iglesia tan comprometida con el movimiento de la liberación de los pueblos y tampoco una teología que partía de una praxis de liberación y la profundizaba en todos los ámbitos de la ciencia teológica. Yo tenía mucho interés de conocer y participar más de esa Iglesia. Llegó entonces un sacerdote, el padre José Comblin, un tremendo teólogo belga que un mes al año hacía clases en Lovaina. Mi hermana me motivó a ir a sus clases y fue muy novedoso oír hablar de Pablo Freire y la educación del oprimido. Le expliqué al padre José mi interés y entonces él dice: “Bueno, en este momento yo estoy en Talca. El obispo me acogió porque me expulsaron de Brasil (porque ya ahí se había instalado el régimen militar). Si quieres yo converso con el Obispo y veo si él te quiere recibir”. Finalmente, así fue. Después recibí una carta de Don Carlos González Cruchaga confirmando que efectivamente yo podía venir. Después de una visita que tuvo que hacer a Roma, don Carlos estuvo en mi casa para conocer mejor a mi familia y arreglar mi llegada como seminarista a Chile. Esa visita sucedió el mismo día 11 de septiembre de 1973 cuando Don Carlos llegó a Bélgica y presenció en mi casa por televisión La Moneda en llamas y supo que Allende se había suicidado.

— *Mencionó que su hermana lo había motivado a ir a las clases del teólogo belga, ¿fue ella un factor determinante para venirse a Chile?*

Nosotros habíamos descubierto a un Cristo comprometido con el cambio, con la transformación del corazón, pero también de la convivencia de las relaciones humanas. Tanto mi hermana como yo recibimos en la casa una fe muy bonita y sólida. Mi hermana abrió el camino a Chile. Ella, 14 años

mayor que yo, era misionera, tenía la vocación laica, el deseo de vivir para servir en medio de los pobres. Ella se quedó en Santiago, en La Legua, ahí vivió la dictadura donde había allanamientos, los militares entraban a las casas a buscar gente, tomaban gente detenida. Mi hermana me había mandado unos cassettes con un periodista belga donde nos explicaba todo lo que había pasado en La Legua. La aconsejaban dejar la población, pero ella no quería distanciarse de su gente en esos momentos más angustiantes. Cuando llego en marzo de 1974 al aeropuerto Pudahuel había un lienzo enorme que decía “En cada chileno hay un soldado, en cada soldado hay un chileno”. Ese fue el recibimiento con militares por todos lados. Yo estuve una semana donde mi hermana en La Legua y después llegué acá a Talca el 12 de marzo don Carlos instaló una casa detrás de la catedral donde me acogieron muy cariñosamente, ahí el padre Chito Espinoza, diácono Agustín Vial y los seminaristas Víctor Hugo Muñoz y Claudio Jordán.

— *Ya hablando un poco mejor el español y algo más asentado en Talca, ¿en qué momento pudo formar su propia impresión de lo que estaba ocurriendo en Chile?*

Recuerdo dos momentos. El primero fue cuando tres integrantes del grupo de nuestra asociación de universitarios católicos fueron detenidos después de la infiltración de agentes de la DINA en nuestras reuniones en el obispado. La Iglesia era la única institución donde se podían hacer reuniones. No había sindicatos ni grupos deportivos, nada. Entonces, a estos tres, dos mujeres y un hombre, los detuvieron. Estuvieron en una de esas casas de tortura. Las chiquillas después se exiliaron y el joven volvió a Talca. La otra situación fue en Santiago cuando fui a vivir en la población La Bandera con dos sacerdotes canadienses y después con unos sacerdotes de los Sagrados Corazones que estaban muy comprometidos también con los perseguidos, los torturados, las comunidades de base y el movimiento obrero. Ahí uno realmente se daba cuenta, digamos, de lo masivo que era la represión.

Viviendo ahí, se revela el hallazgo de los cadáveres en los hornos de Lonquén, que también es un hito tremendo. Se hace una peregrinación a los hornos en la que participé también. Demoraron meses en identificar los cadáveres, estaban calcinados. En septiembre de 1979, los familiares tuvieron que hacer otra huelga de hambre para que les entregaran los restos. Se organizó el funeral en la iglesia de Recoleta y se habían puesto 14 lugares para los ataúdes, pero los restos no llegaron nunca. Después de dos horas y media nos avisan que el Instituto Médico Legal había depositado los cuerpos en una fosa común en Isla de Maipo. Eso fue horrible, terrible. Yo nunca había sentido una indignación, pena, dolor tan intenso. Muchos querían ir al Instituto Médico Legal a destruirlo. Entonces Don Clotario Blest y dos

obispos que estaban ahí lograron calmar la situación. Y dijeron: “Ya, vamos a hacer ahora un funeral en la catedral de Santiago, en la Plaza de Armas como algo simbólico”. Dos días después fue una misa multitudinaria en la catedral. En ese momento, yo tomé el compromiso de seguir apoyando a los familiares de los detenidos desaparecidos.

— *¿Qué opinión tiene respecto de las posibles tensiones que se desencadenaron al interior de la Iglesia producto de la polarización política y social del país en el año 70? ¿Piensa que se reflejó también esa polarización en la Iglesia chilena?*

La polarización de los años 70’ atravesó todos los niveles de la sociedad chilena y también de la Iglesia. Tanto a nivel de los feligreses como a nivel de curas y obispos. El mismo día del golpe el 11 de septiembre hubo sectores de la Iglesia que celebraba y otros que fueron perseguidos.

El 18 de septiembre hubo obispos que celebraron el *Te Deum*, dando gracias a Dios y a las fuerzas armadas, por liberar a Chile del comunismo, de una dictadura marxista, y otros atendían a los familiares de los detenidos y ejecutados como don Jorge Hourton y don Fernando Ariztía. Es interesante ver la actuación del cardenal Silva Henríquez. La junta Militar envió al obispo castrense donde el cardenal pidiendo que el *Te Deum* fuese en la Escuela Militar. El cardenal dijo que él haría una oración por la patria sin tomar partido por un bando. Como no hubo respuesta, el cardenal pide una audiencia a la junta el 16 de septiembre en la cual le explican que, por razones de seguridad, no se podría hacer la ceremonia en la Catedral. Entonces el cardenal propone el *Templo de Gratitud Nacional* lo que fue aceptado. Desde el comienzo la autoridad máxima de la Iglesia católica hace notar que no es un incondicional al régimen y que en asuntos eclesiales y religiosos su palabra prevalece.

En la medida que aumentan los casos de torturados ejecutados y detenidos desaparecidos y se van eliminando todo tipo de derecho sociales y políticos, los obispos en su mayoría van a optar por una clara defensa de los derechos humanos y por denunciar los abusos. Clave fueron los testimonios de sacerdotes, religiosas, profesionales que estuvieron al lado de las víctimas escondiendo gente en embajadas o casas de seguridad, percibiendo cómo se llega masacrado después de unos días de detención en caso de aparecer vivo.

Don Carlos plantea al final del libro *¿Y qué hiciste con mi hermano?: Testimonio de un obispo, 1973 el 1990*, que los dos asuntos que estaban en la base de las tensiones entre obispos eran: las diferentes concepciones acerca de la relación Iglesia-Estado y las diferentes posiciones frente al marxismo. Él

destaca que la experiencia de defender, muchas veces, a quienes no eran católicos o cristianos del sector marxista, ayudó también a la izquierda tradicional a deshacerse de prejuicios sobre la Iglesia. Y la Iglesia descubrió que, entre estos mismos comunistas comprometidos, había mucha generosidad. Es lo que el obispo Ariztía señala al inaugurar un memorial en Copiapó y hace una descripción muy linda de los idealistas que murieron: “Reflejaron en sus anhelos algo de ese hermoso rostro de Dios”. Don Carlos dice que fue una bendición para la Iglesia el hecho de que pudo optar por mantener su independencia. Esto no es muy frecuente porque en Argentina o en Paraguay la Iglesia fue más cómplice. Por eso dice que la Iglesia en Chile en esa época fue una bendición o, por lo menos, la jerarquía. Sin embargo, en realidad fue una generación, como en el fútbol, la generación dorada [risas]... una generación notable de obispos. El problema es que, en el fútbol, la generación dorada sucede cada 100 años, esperemos que la Iglesia no sea así.

Efectivamente, desde 1968 hasta el 1990, América Latina logró dar un rostro propio a su Iglesia, independiente y libre del Vaticano, que después de nuevo trató de “meter la mano”. Los obispos, que eran hombres de mucha oración, eran muy cercanos a la gente humilde, inteligentes como Don Manuel Larraín. Entonces, fue algo realmente excepcional, y no solamente fue en Chile, en Perú, Brasil o México había obispos que estaban en esta sintonía. Eso fue un período especial. En este sentido, la obra más impresionante de la Iglesia chilena en el siglo XX ha sido la vicaría de la solidaridad. La Iglesia ya no estaba preocupada de sí misma, de su culto, sino realmente una Iglesia como lo fue Jesucristo, al lado de los perseguidos, de los excluidos y contuvo de alguna manera la tremenda máquina represiva.

— *¿Cómo mira a Chile actualmente 50 años después del golpe de estado de 1973? En la conmemoración de esta fecha tan emblemática, ¿cree que la reconciliación es posible o las heridas aún siguen muy abiertas y sangrantes?*

Respecto de lo que fue el régimen militar quedan ahí heridas abiertas o temas pendientes. Sobre todo, por los detenidos desaparecidos, pues simplemente se ha negado a esos familiares una respuesta a su grito por saber dónde están, qué pasó con ellos. Todavía hay impunidad y secuelas de lo que fue el régimen. Pienso, por ejemplo, en el caso de la familia Urbina, quizás el caso más trágico, más dramático que ha pasado aquí en Talca en octubre del 73' cuando detuvieron a tres campesinos, falsamente acusados de guardar armas, fueron golpeados salvajemente en el regimiento. Otro detenido miró a través de las rendijas del camarín donde él estaba privado de libertad y sentía los gritos; él piensa que a uno simplemente lo mataron ahí en el regimiento, mientras que a los otros los llevaron a un potrero

donde los fusilaron. Como indemnización dieron a la familia una media agua en una población de la zona norte y la señora se puso a beber alcohol porque solamente así lograba dormir en las noches por el miedo que se les infundió. Ahora bien, esta familia, que podría haberse desarrollado sanamente en el campo, fue destruida y muchos de los hijos y nietos han pasado o están en la cárcel por lo que es una herida que se hereda.

Ahora en Chile las secuelas son impresionantes. Hay una polarización extrema es cosa de ver lo que ha sucedido en las elecciones de los últimos años en busca de una nueva constitución. Es impresionante como el “pinochetismo” está vivo; mucha gente, quizás muy influenciada por los medios de comunicación social y otras redes, no capta lo que hay detrás del discurso de la extrema derecha. O también el tema de la misma inseguridad que no justifica la famosa ley Nahir Retamal que muestra la mano fuerte de la violencia de Estado. Fue muy significativo para algunas Iglesias protestantes que hicieron la observación de que primero están los Derechos Humanos. La Iglesia Católica, no emitió ninguna opinión. Yo creo que nuestra Iglesia Católica sigue sufriendo, digamos, el impacto de los escándalos que ha habido, lo cual la aleja de la problemática sociopolítica. 50 años después del Golpe, Chile es un país muy diferente también debido a las problemáticas de los inmigrantes y del crimen organizado que rozan también todas estas otras heridas.

— *¿De qué manera cree usted que la Iglesia debería comprometerse, a la luz de tu propia historia, con situaciones de violaciones a los Derechos Humanos?*

Aquí el maestro José Comblin, el sacerdote que hizo la conexión con Talca, dice: “En la práctica de Jesús está la base cristiana de los Derechos Humanos. Su opción por el pecador significa que él sale en defensa de los derechos de los excluidos”. Para el grupo de los Fariseos y de los Escribas, al pecador hay que apartarlo: la manzana podrida que no tiene derechos. Ahí Jesús da preferencias a este tipo de personas porque su proyecto es justamente incorporar a aquellos que han sido excluidos y darles también un lugar en este nuevo pueblo de Dios. No viene a condenar, sino a salvar e incorporar. Por este motivo también él termina en la cruz. Sin embargo, convivimos con una cristología tan diferente, tan alejada y tan acomodada en comparación con lo que fue realmente la praxis de Jesús de Nazaret.

El tema de los Derechos Humanos es el tema de los derechos de los excluidos y de los pobres, y la Iglesia tiene que estar al lado de ellos. Para mí, esto es importante, porque es clave dónde te ubicas. Porque eso se ve también entre los obispos. Los obispos que eran más profetas eran los que vivían en poblaciones, en campamentos, pero los que vivían en semi-palacios,

digamos, no tienen esa conexión y estaban más conectados con la oligarquía, con el poder. La Iglesia debe esforzarse por ser fiel a su Maestro. Es lo que el Papa Francisco dice: “Jesús quiere que toquemos la miseria humana” y nos dejemos afectar por ella es el gran misterio de la encarnación y del pesebre; es desde ahí de donde hay que anunciar el evangelio. El documento de aparecida nos impulsa a estas realidades señalando los nuevos rostros sufrientes que nos deben interpelar: las personas que viven en la calle, los adictos dependientes, enfermos y mayores de edad solitarios, migrantes, encarcelados y otro tema de gran preocupación es la situación del cuidado de los niños y adolescentes y el cuidado de la casa común, nuestro planeta tierra.